cia de los destinos! La América no presentaba como el viejo mundo vastos espacios arenosos, antiguos fondos de mar convertidos en arenales visibles por las revoluciones del globo, llamados el desierto de Sahara, el desierto de Cobi, el desierto de Arabia y en los cuales crecen pastos eternos. Cubierta la América de rios y bosques, era cual un vasto parque destinado á la caza. Divididos sus hijos en pequeñas tribus para cazar, mientras que el nómade se aglomera y multiplica tanto como sus ganados, no fundaron ni conquistaron grandes imperios. Tres siglos há andaban errantes aun por sus *sábanas* (1), sabiendo apenas lo que era propiedad, escepto, sin embargo, la de sus arcos y flechas, cuando en el viejo mundo un pontífice que les conocia demasiado, repartia aquellas mismas *sábanas*, desde el fondo del Vaticano, á los ávidos europeos que cruzaban los mares para enriquecerse, no asignando entre estos mas límites que los dos meridianos que sirven para medir el globo. ¡Estaba de Dios que los que conocieran la propiedad dominarian á los que la ignorasen! Concluyo, pues, diciendo: «Sin la propiedad mueble no habria siquiera sociedad; sin la propiedad inmueble no habria civilizacion.»

(1) Llanuras de América.

LIBRO II.

DEL COMUNISMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del principio general del comunismo.

Que la discusion del comunismo es para la propiedad lo que los matemáticos llaman la prueba por el absurdo.

Los matemáticos emplean dos maneras para probar las verdades geométricas: una es la prueba directa, que consiste en probar por el análisis que tal ó cual proposicion es verdadera; otra la prueba indirecta, que consiste en probar que la proposicion contraria seria imposible é insostenible. Por esa razon los matemáticos llaman á la última: *prueba por el absurdo.*

Esta es la que voy á poner en práctica con respecto al asunto que me ocupa. Dí ya la prueba directa, mostré el órden social reposando en el principio sencillo, fecundo, necesario de la propiedad individual; daré ahora la prueba indirecta y mostra-

ré el órden social, si es posible imaginarlo así, reposando en el principio opuesto, en la negacion de la propiedad, en la comunidad de bienes; voy, en fin, á emplear la *prueba por el absurdo* como la titulan los geómetras. De este modo habré probado la propiedad por la misma propiedad y luego por su contraria, suministrando ambas pruebas, de las cuales basta una sola en geometría, pero que á veces se dan las dos, para manifestar los diversos aspectos de las cosas. Esta marcha, que puede ser supérflua en las ciencias matemáticas, donde la certeza de las demostraciones dispensa de probar dos veces lo mismo, es útil en las ciencias morales, donde nunca se prueba lo bastante. En este libro, pues, trataré del *comunismo*.

En nuestros dias se han imaginado mil diversos comunismos; comunismo agrícola, comunismo industrial, etc. No me ocuparé de esos detalles, pues yo no puedo seguir el delirio contemporáneo en sus infinitas divagaciones. El principio mismo de ese delirio, es mi objeto: el *comunismo* esencial, absoluto, base de todos los comunismos y que nace íntegro de repente, por el solo hecho de negar la propiedad; este es el tipo que voy á esponer, evitándome de esta suerte hacer viaje alguno por curiosidad ó gusto, á esas repúblicas ideales inventadas por el génio de nuestra época, viaje que quizás emprenderia de buena gana si tuviese un Platon por compañero. Como no lo tengo, pido se me conceda juzgarlas sobre el plan general comun á todas y que basta para hacer apreciar la sabiduría profunda que ha presidido á sus varias constituciones.

CAPÍTULO II.

De las condiciones inevitables del comunismo.

Que el comunismo violenta inevitablemente, y bajo todos conceptos, á la vida en comun.

O es preciso que el hombre trabaje para sí, pudiendo acumular el producto de su trabajo y trasmitirlo á sus hijos, que el hombre viva de su cuenta y riesgo, llegando á algo, á mucho, á nada algunas veces y sufriendo otras, despues de haber llegado, imprevistas desgracias, cayendo en la indigencia y precipitando en ella á sus hijos, ó son precisos todos los accidentes dichos, ó todo lo contrario; es decir, nada de ricos, nada de pobres, una sociedad encargándose de la suerte de cada uno de sus miembros, no permitiendo al individuo trabajar para él, mas obligándole á trabajar para ella; y en cambio ella tomando el compromiso de mantenerle, vestirle, darle hogar, educacion, y siendo su única familia. Es preciso, en una palabra, ó la existencia de la propiedad con todas sus consecuencias, ó el comunismo hasta sus mas estensos límites. Entre esos dos términos estremos no cabe término medio. Pocas palabras bastarán para demostrar hasta qué punto todas esas consecuencias se enlazan por una cadena indisoluble.

Pues que en efecto el hombre trabajaba para sí y gozando individualmente del resultado de su traba-

jo, es decir, el hombre propietario, no conviene, el término opuesto es el hombre no trabajando para sí, sino para la sociedad que le manda trabajar, que recauda el producto y que le remunera, sea dándole un jornal, sea encargándose de mantenerle á él y á sus hijos.

Esta sociedad le dará, pues, trabajo, y él trabajará para ella. La sociedad estará convertida en un vasto, inmenso taller de agricultura, carpintería, cerrajería, hilandería, etc., etc., taller perteneciente al Estado, el cual recogerá los productos, los almacenará y los distribuirá luego entre los que hayan contribuido á crearlos.

El salario que se dé en el taller inmenso, ¿será igual ó desigual? De los trabajadores, unos son laboriosos, inteligentes, otros débiles, perezosos, de limitada comprension, ¿no se les pagará de distinto modo? ¡Pero si se les paga de distinto modo, hénos ya en un principio de riqueza y pobreza, y la maldita propiedad renace! Es fuerza, pues, si no se quiere ver un resultado contrario al sistema, establecer un salario igual. Mas si el trabajador recibe solo un salario igual á todos, no se tomará mas que cierto interés en emplear sus brazos. El que sea robusto, inteligente, no pondrá empeño mayor en trabajar todo lo que le permitan sus fuerzas, y nada le impedirá despues de haber ejecutado cierta cantidad de obra, cruzarse de brazos y tenderse á la larga. No hay mas que un medio de impedírselo, como no se quiera una vigilancia contínua é insoportable, el de hacer trabajar á los ojos unos de otros los miembros de vuestra nueva sociedad; en una palabra, el de obligarles á trabajar en comun. Así, pues, el trabajo en

comun es la primera consecuencia forzosa del principio establecido.

Sigue al trabajo, el goce. Cuando el hombre ha trabajado es necesario que descanse, que coma, que se reuna con la esposa que eligió satisfaciendo en ella su corazon y sus sentidos. En la antigua sociedad que queremos destruir, el hombre recibe un salario en dinero que emplea en alimentos, vestidos, goces de todas clases, tanto para él como para su familia, goces á los cuales se entrega en el secreto de su impenetrable mansion.

La sociedad, despues de haberle empleado en el taller nacional, donde habrá trabajado en comun, ¿le concederá que goce de su salario en particular ó exigirá tambien los goces en comun como el trabajo? Presto haremos ver que una cosa es consecuencia precisa de la otra.

Si despues de exigir el trabajo en comun, concedeis el goce en particular por medio de un salario (y para el caso lo mismo dá que sea en especie ó en géneros), nos hallamos al momento en las consecuencias del salario desigual, al que os vísteis precisados á renunciar.

En efecto, el hombre tiene una inclinacion que la sociedad vetusta honraba mucho, que se esforzaba en desarrollar en vez de contener; esa peligrosa inclinacion es la economía. Todo lo habia puesto por obra, literatura, fianzas, la fábula de la cigarra y la hormiga, las cajas de ahorros, todo á fin de estimular mas y mas tan escelente máxima. El trabajador laborioso y sóbrio, economizando para su mujer y sus hijos, procurando hacer refluir el beneficio de sus dias de trabajo en los de huelga, era un modelo que

se trataba de hacer imitar á todo el mundo. Destruidos hoy los pronombres *tuyo* y *mio*, siendo el punto cardinal la propiedad comun, seria la propiedad individual un robo que importa mucho precaver. La economía, segun sus grados, seria una falta, un delito, un crímen. Así, pues, no debe haber economía. Esto supuesto, deberia estimularse á los hombres para que bebieran y comieran cuanto les fuese necesario, y mucho mas si el salario general sobrepujase las necesidades. Seria preciso tambien asegurarse de si la prescripcion de amontonar se observaba con rigor, y registrar los bolsillos, las casas, para impedir el delito de propiedad como se hace en Méjico en las minas de diamantes ó en Europa en las casas de moneda, en las cuales se registra cuidadosamente á los obreros á la salida de los talleres, y donde algunas veces, en Méjico sobre todo, el registro de la persona se hace con una minuciosidad estraordinaria. Tendríase que desconfiar además de un instinto muy temible; del amor paterno, que conduce á la economía, y seria preciso hacer lo posible para desarraigarlo del corazon humano, pues de otro modo se caeria en la esposicion de que el padre y la madre amontonaran tesoros para sus hijos en algun parage oculto.

Esa prohibicion de la economía, necesaria para impedir que la propiedad naciese, exigiria, fuerza es convenir en ello, precauciones muy minuciosas y asaz incómodas. A fuer de franco, y á pesar de la moderacion que quiero tener en el exámen de mi asunto, confieso que me serian intolerables, y yo que soy amigo como el que mas, de obedecer las leyes, viendo lo que pasaria, concibo perfectamente que

muchos echaran por la ventana á los agentes de la policía comunista. Para prevenir semejantes vejaciones, el goce en comun formando el complemento del trabajo en comun, debe por evidencia adoptarse como medio de salvar todas las dificultades que acabo de indicar.

Queda, pues, sentado, que se trabajaria en comun unos á los ojos de otros, lo que impediria cruzarse de brazos; gozaríase en comun, se comeria y beberia en mesas comunes, segun las necesidades de cada uno, ni menos ni mas; vestiríase un trage uniforme tomado en el almacen general, y de ese modo se evitarian las acumulaciones secretas, verdadero robo hecho á la comunidad. Para ser consecuente con el principio no se puede menos de llevar las cosas al punto dicho.

O el comunismo es la especulacion mas ruinosa, ó es preciso el trabajo á los ojos unos de otros. O el comunismo es la mas insoportable de las inquisiciones ó es igualmente indispensable gozar unos á los ojos de otros, y con esa doble precaucion, es aun el comunismo la invencion mas inepta, mas insensata de todas las concepciones humanas. Pero tal como lo manifestamos, es por lo menos consecuente.

Prosigamos. Irrecusable esperiencia nos ha enseñado que para hacer bien las cosas solo debe hacerse una. Son muy raros los génios universales, y cuando los creemos tales no lo son sino hasta cierto grado. Se pueden hallar obreros aventajados que ejecuten muchas cosas, todas bien, hombres de imaginacion que alcancen brillo en varios géneros de literatura á la vez; sírvanos de ejemplo Voltaire, pero Voltaire hubiera sido mal geómetra, á pesar de

entender algo en matemáticas, peor soldado y repeor obrero, pues comunmente si se tiene el sistema cerebral desarrollado, es muy raro tener el sistema muscular desarrollado á la misma altura. Napoleon, tan gran legislador, tan gran general, tan gran administrador, hubiera sido un mal poeta aunque fuese un escritor insigne, un granadero muy malo aunque era valiente, y un obrero muy torpe á pesar de haber imaginado para trasladar los cañones, aparatos, ingeniosos unos y mas ingeniosos otros. Si tal es la condicion de las criaturas humanas que apellidamos génios, ¿qué diremos de las adocenadas?

Resulta de esa verdad, que siguiendo sus diversas disposiciones, unos deben ser labradores, tejedores otros, carpinteros estos, relojeros aquellos, unos maquinistas, cinceladores, otros gentes de letras, sábios, legisladores y gobernantes, pues divididas las diferentes clases de trabajo, cada uno hace mejor lo que le corresponde, y en vez de emplear un mes en hacer algo medianamente se hace mejor quizás en veinte y cuatro horas. A esto llaman los economistas la division del trabajo, y segun ellos á esto se deben las increibles perfecciones de la industria humana. Un reloj, cuyos resortes fabricaron en masa pastores suizos durante los fatídicos dias del invierno, en que es imposible que los infelices vayan al campo, se vende en París en casa de un relojero, y un obrero puede comprarlo, por doscientos reales, siendo asi que dos siglos há le hubiera costado cuatro mil, cantidad igual ó mayor que el dote de su hija. Pocos años hace costaba una locomotora 70.000 pesetas, y desde que unos fabrican resortes, ejes otros y otros las calderas, cuesta 45.000 pesetas. Quizás dentro de veinte ó treinta años cueste solo 10.000.

Así pues, la diversidad de profesiones es la ley de toda sociedad que desea hacerlo todo bien, pronto, y darlo á precios bajos. Se concibe que haya algunos pastores dedicados á sus ganados, sabiendo la suficiente agricultura para tener un poco de trigo, dando la lana de sus carneros á sus mujeres que la hilan, tejiéndola en seguida ellos mismos y que practiquen la mayor parte de los oficios, pues solo llaman á la industria estranjera para tener un vaso de barro ó un cuchillo, que pagan con un queso. Aunque la diversidad de profesiones empieza ya entre esos pastores, puesto que se ven precisados á pedir á otros hierro ó loza, puede decirse que ellos lo fabrican casi todo; pero es preciso ver que son los hombres mas groseros, residiendo entre nieves en el punto mas alto del globo, lejos de toda civilizacion, de toda inteligencia desarrollada, es decir, en los límites dó reside el idiotismo. Toda sociedad, que por el contrario, desea adelantar, tener progreso, se vé precisada á adoptar la diversidad de profesiones, cuna de la especialidad de cada uno, ó para servirnos de la frase técnica, toda sociedad ilustrada debe adoptar la *division del trabajo*.

El comunismo se veria, pues, obligado tambien á dividir los talleres comunes. Tendrá hombres que cultivarán la tierra, trabajarán la madera, el hierro, el cáñamo, hombres que construirán máquinas; que se entregarán á los descubrimientos científicos; que se ocuparán de las leyes, del gobierno, de las letras, y probablemente una vez adoptados los gustos de la civilizacion, tendrá tambien pintores y escultores.

¿Hareis que esos hombres de tan distintos matices, lleven un género de vida uniforme? ¿Dareis el mismo alimento, el mismo vestido, al hombre que riega la tierra con sus sudores, cuya callosa mano dirige el arado ó agita el martillo por cima del yunque y al obrero que con su mano fina y suave teje la seda ó hiende el cobre con delicado buril? ¿Y hareis que el hombre dedicado al estudio de los astros, ó que maneja el pincel ó la pluma, ó vive de conversaciones sublimes, se siente á una misma mesa, y viva en compañía del simple labrador? Os declaro al momento, yo que he sido legislador, que he llegado á los escaños del poder y manejado la pluma, que prefiero mil veces el sencillo, pero buen juicio del labrador, á la palabra fastidiosa de cualquier sofista; pero tambien debo observar que despues de haberme hablado de granos, alfalfa, adobo, cosas muy interesantes todas, pero que yo ignoro, y cuando yo le haya hablado de Platon, Cesar, Machiavelo, Descartes, Colbert..., cosas tambien dignas de interés, pero que él á su vez ignora, le fastidiaré soberamente y le fastidiaré mucho mas que él á mí, porque yo sabré sacar de sus relatos una instruccion, que le será imposible á él sacar de los mios.

Será preciso, pues, variar los alimentos, el vestido, las compañías, segun los estados, ó volver á la sociedad de mis pastores, en la cual todo puede ser igual sin inconveniente. Además, si se quieren tejidos tan bellos como los de Florencia, vasos tan elegantes como los de Grecia, frutos tan esquisitos como los de Montreuil ó Fontainebleau, es imposible obtenerlos solo de esas clases, pues cual ya lo he dicho en otra parte, no hay productos finos sin productos

medianos, ni groseros, requiriéndolo así la marcha progresiva de toda industria. Si se desean, pues, productos sublimes, tendremos dos razones en vez de una, para diferenciar el trato de las profesiones: la primera á causa de la desigualdad de costumbres entre los que las ejerzan, y la segunda por la diferencia misma de los productos á los cuales será necesario buscar consumidores.

Habrá, por consecuencia, mesa y reunion de labradores, de herreros, de cuantos se dediquen á trabajos violentos; mesa y reunion de tejedores, de maquinistas, de cuantos desempeñen trabajos menos rudos y que deban desplegar menos fuerza y mas inteligencia; y habrá, en fin, mesa y reunion de los que únicamente empleen su inteligencia, y si bien yo enumero aquí muy pocas divisiones, la clasificacion deberá ser infinita.

Es, pues, consecuencia del comunismo, además del trabajo y goce en comun, clasificar las profesiones y los que las ejercen, diferenciando su modo de existir por órden de la autoridad elegida.

Habrá inevitablemente mesas de pobres y mesas de ricos, unas y otras, se me dirá, prudentemente arregladas, de modo que en las primeras haya lo necesario y en las segundas nada supérfluo; dispuestas unas y otras, muy bien dispuestas por la autoridad, la cual designará los ricos y los pobres ó por lo menos á los que deban tratarse como tales.

Pero no es eso todo. En la sociedad donde el hombre está abandonado á sí mismo, escoge este su profesion. Si quiso elevarse demasiado, se estrella y vuelve á caer. El trabajador quiso hacerse amo y volvió de nuevo al estado primitivo y quizás á otro

peor aun. En el sistema de encargarse la sociedad del hombre, esta clasificará los indivíduos y, sin duda, les dirá prévio exámen del cráneo y brazos: Tú seras labrador; tú tejedor; tú maquinista; tú geómetra, tú letrado; tú pintor ó poeta; tú un Arquimedes, un Newton, un Descartes, un Racine ó un Bossuet.

¡La sociedad dará el arado, el martillo, la lima, el cincel, la pluma, el telescopio, el pincel, la espada, como se dá un empleo, una pension.

O fuera profesiones distintas, fuera clases, es decir, volvamos á mis pastores, siempre á mis pastores y entonces ¡adios, artes! ó si se quieren profesiones distintas y artes, son indispensables las distinciones de la riqueza, del génio, en fin, hechas por las mismas autoridades que la ley habrá instituido. Todo lo que va dicho es forzoso y está ligado por indisoluble cadena.

Queda aun la última consecuencia del comunismo, menos inevitable todavia, pero que hace falta para la perfecta armonía del sistema, y que si no se le añade, prueba que se desconfia hasta del sistema mismo. Es la supresion de la familia.

¡Oh! No cabe duda; se puede suponer en el número de las mesas comunes una mesa para los niños, cual existe la de los padres y la de las madres; se puede, borrando lo *tuyo y lo mio* para las cosas materiales conservarlo para las morales. Se puede, teniendo su mujer, tener sus hijos á quienes se reconozca, se ame y siga en la carrera de la vida. En Esparta habia la mesa comun y la familia; pero era mesa comun para los guerreros. La propiedad quedaba con la mujer y los hijos en casa. Velaba la mujer sobre los hijos, y sobre los ilotas que cultivaban

la tierra como esclavos. Y al final de esa sociedad, que por lo demás solo era contra la naturaleza á medias, en la época de la decadencia tenian las mujeres toda la propiedad y con ella costumbres horrorosas. Los hombres no habian cesado de entregarse á hábitos infames y no sabian mas que ser valientes.

Admito que los niños podrian pertenecer al padre y á la madre á quienes visitarian en la mesa comun. Mas, ¿no se comprende á qué tantálico suplicio se hubiera espuesto á aquellos infelices padres? ¿Cuál es el mayor estímulo de poseer que pueda compararse con el amor á los hijos? Nada hace trabajar con mas ahinco á los padres, como el deseo de enriquecerles, ó por lo menos de darles una vida mas holgada que la de muchos de sus semejantes. ¡Les dejais hijos á quienes querer y no les permitís satisfacer su inclinacion trabajando para ellos! ¡Los verán, podrán estrecharlos en sus brazos y no hacer nada para su bien estar! ¿Les será preciso en una sociedad de treinta millones de almas trabajar por la mejora de la suerte de treinta millones de individuos para que sus hijos logren percibir una trigésima-millonésima parte? ¿No seria este un atroz suplicio? Sed, por lo menos, consecuentes. Quereis confundir todas las existencias, confundid tambien todos los corazones. ¡Desaparezcan las relaciones entre padres, madres é hijos! Sean los hijos de todos, y entonces les amarán á todos sin escepcion. Fijad ciertas horas para que los padres vayan á ver á los hijos de la comunidad como se va á la huerta, á la cochera, á la yeguada con objeto de ver los productos de una posesion con cierto placer. Podrán conocer entre ellos á alguno, lo que hará nacer una ilusion momentánea, quizás

tambien sentida tentacion de preferencia; pero se les acostumbrará á confundirlos todos en el mismo sentimiento y entonces cesará la inconsecuencia de dar séres que amar á quien nada puede hacer por ellos. Además, sereis de este modo consecuentes por varios conceptos, pues si la sociedad es incómoda, la familia tambien lo es, y por iguales razones. Una ley absoluta condena á ver el hermoso huerto del vecino lleno de frutos, sin que vuestros labios aun ardiendo de sed, puedan tocarlos. La misma ley existe con relacion á los sexos. Un error de vuestra familia os ha unido á una esposa insoportable y recíprocamente. Mas no lejos está una mujer, linda ó no, pero que os gusta y á la cual gustais, y sin embargo, no podeis echaros en aquellos brazos que arden en deseos de abrirse. ¡He ahí otra propiedad muy intolerable! Pues bien, abolid hasta los últimos vestigios de *lo tuyo y lo mio*; admitido el hombre entonces á trabajar en comun, á gozar en comun, á satisfacer sin reserva su necesidad de comer y beber en la mesa comun, podrá entregarse á su pasion con la mujer que le guste sin pensar en las consecuencias. La sociedad encargada de educar á los hijos de todos, á espensas de todos proveerá á su subsistencia, y el hombre exento de pobreza, pudiendo satisfacer todos sus apetitos á la vez, obtendrá la suma de felicidad que la naturaleza le destinaba y que una sociedad tiránica le rehusó.

A fuer de justo, diré que no todos los adversarios de la propiedad admiten este último grado de comunismo; pero no les admiro ciertamente y desprecio su inconsecuencia.

He hecho indecibles esfuerzos para tratar cual se

ha visto formalmente ese grave sistema. Concluyo esta esposicion harto penosa para todo hombre de buen juicio, y creo demostradas sin contradiccion plausible las consecuencias siguientes:

O es preciso que el hombre trabaje para sí mismo y desde luego tenemos al propietario, ó es preciso que exista trabajando para la sociedad que se encargará de él, evitándole correr los albures de tener ó no tener trabajo.

Se sigue de esto inevitablemente la comunidad en todo.

El trabajo en comun es necesario para evitar la pereza, y los goces en comun para evitar la economía.

Es indispensable tambien ó una igualdad grosera ó si se admite la civilizacion, profesiones diversas, declaraciones de aptitudes hechas por la misma comunidad y tratos distintos para consumir distintos productos; es indispensable, en una palabra, ó la igualdad en la barbarie, ó la desigualdad en la civilizacion, pero la desigualdad por decision de la autoridad pública.

Y en fin, si se quiere ser consecuente de veras, es fuerza, con la impotencia de no hacer nada por sus hijos, consecuencia de la abolicion de toda propiedad, no continuar el suplicio de amarlos, y por lo mismo no esponer á los padres á conocerlos, y dispensarles de esposas fijas, lo que pondria un término á la tiranía de los matrimonios, cuyos miembros no se convienen.

Todas esas consecuencias están indisolublemente enlazadas y una de la instituciones conduce á otra. O todo en particular ó nada; y en ese caso ¿qué es

del comunismo? Nada; ni pan, ni mujer, ni hijos; todo en comun, trabajo y goces. El hombre de ese modo vivirá, cual los ciervos que recorren nuestros bosques, ó cual los innumerables perros que pueblan las calles de Constantinopla.

¡Oh!... La suerte de la humanidad futura seria inmejorable. Solo diré que esa humanidad destruye el trabajo, la libertad y la familia.

Examinémosla, pues, rápidamente bajo esos tres puntos de vista.

CAPÍTULO III.

Del comunismo con relacion al trabajo.

Que el comunismo apaga todo ardor hácia el trabajo.

Es evidente que queriendo coartar la propiedad, es decir, impedir que el uno tenga poco y el otro mucho, es absolutamente preciso que no haya desigualdad en los salarios. Se comprende que cuando digo igualdad ó desigualdad de salario, quiero decir igualdad ó desigualdad en la profesion, pues si el comunismo clasifica las profesiones y las trata distintamente, como tendrá que hacerlo si quiere que subsistan las artes, existirá necesariamente una desigualdad de emolumentos entre las diferentes profesiones; pero esa no es la que me ocupa, solo hablo ahora del salario en la misma profesion.

Labrador habrá robusto é inteligente, otro que no lo sea, lo mismo un tejedor, un herrero, etc,; pagarlos desigualmente seria esponerlos á tener unos

mas que otros; preciso es, pues, retribuirlos de un modo igual, y para evitar la pereza ó la economía recompensarlos dándoles por salario la vida comun. Sea como fuese, los que hagan bien ó mal, los que trabajen poco ó mucho serán tratados igualmente, y será su recompensa la prosperidad general ó el loor. No quiero hacer perder tiempo á mis lectores, mas desde luego afirmo, sin citar pruebas que al pronto se presentan á la imaginacion de todo el mundo, que estos obreros cuyo único móvil es la prosperidad general, ó la honra, no trabajarán. Figuraos por un instante un maquinista á quien se le diga: Trabaja, amigo mio, una, dos ó tres horas mas cada dia, y dentro de diez años la sociedad francesa será mas rica. No quiero suponer que este resultado le sea indiferente, pero dudo que trabaje aquellas dos horas mas. Si por el contrario su amo le dice: Esta máquina que armabas en diez dias y que yo te pagaba á razon de 5 pesetas diarias, lo que te producia 50 pesetas, te la doy para que lo ejecutes á destajo en el tiempo que te acomode pagándote las mismas 50 pesetas; si el amo usa este lenguaje, el obrero armará la máquina en seis, siete ú ocho dias para ganar diariamente ocho, siete, ú seis pesetas. Entonces ciertamente no tratará de escasear sus brazos, ni su tiempo, ni le dolerán las horas de vela, y hará todo lo posible para aumentar el lucro sea en beneficio suyo sea en el de sus hijos. Si esto no sucediere así no se hubiera inventado el trabajar á destajo.

Negais, se me dirá, los mas nobles móviles del corazon humano: yo contestaré que vosotros los empleais mal, y creo que si decís á un obrero que trabaja mucho sin esperar mas ó menos ganancia, pero en